



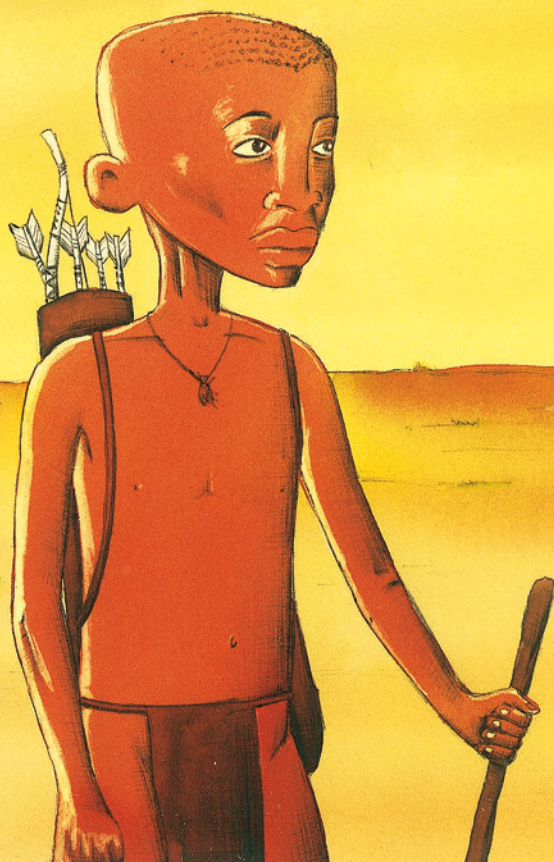
algar

COLECCIÓN  
CALCETÍN

C. López  
Narváez  
C. Salmerón

# Tinka

Dibujos de  
Rafael  
Salmerón



En este libro se narra la aventura de Tinka, un niño perteneciente al pequeño pueblo de los arbustos, cuyos miembros se conocen comúnmente como bosquimanos.

Los bosquimanos, expulsados de tierras fértiles por tribus guerreras, han encontrado un último refugio en las resacas arenas del desierto de Kalahari, en el sur de África. Allí han podido sobrevivir gracias a su valor, su energía infatigable, su paciencia sin límites y su agudo ingenio.

En la sociedad de los bosquimanos no existe envidia a causa de las riquezas, pues todo lo comparten. Las familias están unidas por fuertes lazos de cariño, y entre todos los componentes de cada poblado se mantiene una lealtad a toda prueba.

Los bosquimanos poseen una viva imaginación, manifestada en las hermosas narraciones, mezcla de fantasía y de observación de costumbres de animales, que se relatan unos a otros junto al fuego. Igualmente, las leyendas sobre la creación del mundo y la acción que sobre él ejercen buenos y malos espíritus forman parte importante de sus vidas.

Físicamente se diferencian de sus vecinos por su corta estatura y el color pardo-amarillento de su piel.

La noche estaba serena y luminosa y las estrellas brillaban alegremente. Tinka no podía entender que el cielo continuara siendo hermoso cuando en su corazón había tanta tristeza. Su padre y él estaban sentados a la puerta de la choza, muy juntos. Dentro, la madre cantaba para la pequeña Wo, que quería, y no podía, dormirse.

Tinka estaba triste porque Deneke, su padre, marcharía a la mañana siguiente. Todos los hombres del poblado se irían al amanecer, y también los muchachos, incluso los que todavía estaban en la escuela de iniciación.<sup>1</sup> Todo aquel que supiera manejar un arco

---

1. Iniciación: Tiempo de aprendizaje durante el cual los jóvenes varones se preparan para convertirse en adultos.

y fuera capaz de caminar a buen paso desde el alba hasta el anochecer, partiría al día siguiente. Era necesario porque el agua y los alimentos que aún podían encontrarse en el desierto estaban agotándose.

Sucedía que aquel año las nubes no habían querido acercarse al campamento de las gentes del pequeño pueblo de los arbustos. Los hombres, las mujeres y los niños les suplicaban que se apiadaran de ellos porque necesitaban las lluvias que guardaban en sus vientres; pero las nubes permanecían en la línea del horizonte, sordas e indiferentes a los ruegos de las gentes del pequeño pueblo.

Y mientras tanto la tierra se moría de sed, las plantas no conseguían nacer y, como no había hierba nueva, los antílopes habían terminado por marcharse.

Por todo esto la gente del pequeño pueblo de los arbustos, que «vivía» en el desierto de Kalahari, decidió buscar un nuevo lugar para establecerse mientras durara la sequía. Irían en la dirección del gran río Nossob, porque era allí donde el agua vivía permanentemente. Primero marcharían los hombres, y, cuando hubieran levantado un nuevo campamento, regresarían para llevarse con ellos a los ancianos, las mujeres y los niños.

—¿No es en la dirección del río Nossob donde viven los hotentotes? —preguntó Tinka.

—Sí, es en esa dirección —respondió su padre.

—Pero ¿los hotentotes no son nuestros mayores enemigos?

—Son unos de nuestros mayores enemigos.

—Entonces, ¿por qué marcháis hacia donde ellos viven? ¿Por qué no marcháis justo en dirección contraria?

—En dirección contraria marchan ya las gentes de otros poblados del desierto; además, también tenemos enemigos en dirección contraria.

Se hizo un profundo silencio. Tinka tomó la mano de su padre y dejó caer la cabeza sobre su hombro. Pensaba que no era justo que la gente del pueblo de los arbustos, que por naturaleza era tan pacífica, tuviera enemigos en todas direcciones. Lo que sucedía era que muchos los despreciaban por que tenían pequeños los cuerpos: «A corta estatura, miserables sentimientos», eso era lo que algunos decían. Tinka lo sabía porque su padre se lo había explicado, y también sabía que tal cosa no era cierta.

—¿Y los hotentotes son muy numerosos? —preguntó con inquietud.

—No demasiado... —respondió su padre; y luego, para tranquilizarlo, añadió—: Y se mueren de miedo cuando piensan en nuestras flechas envenenadas. Además, llevamos regalos para calmarlos: sonajas de danza y collares de cuentas de colores.

Tinka sonrió. Se sentía mucho más tranquilo: los alegres cascabeles, que estaban hechos con

capullos de mariposa gigante y trocitos de cáscara de huevos de avestruz, y las larguísimas sartas de cuentas de barro cocido y hermosamente pintado, gustaban a todo el mundo.

—¿Y cuándo regresaréis? —preguntó.

—Más o menos cuando la luna se llene otra vez —contestó su padre.

Tinka se sobresaltó: para eso faltaba mucho tiempo, porque la luna acababa de llenarse; para eso faltaba un puñado de días, un enorme racimo de días, más días que los dedos de sus pies y sus manos juntos.

—No quiero que te vayas —protestó ahogando un sollozo, mientras se apretaba contra el cuerpo de su padre. En aquellos momentos se sentía muy pequeño.

—Pero si no me voy, no podré regresar —dijo Deneke, y Tinka lo miró con asombro, sin entender sus palabras.

—¿Cuál es la mejor época del año? —preguntó luego su padre.

—¡La época de las visitas! —respondió Tinka vivamente; pero enseguida bajó los ojos entristecido: la época de las visitas era la que seguía a las grandes lluvias, cuando florecía el desierto, rebosaban las charcas de aguas nuevas y había caza de sobra. Entonces las gentes del pequeño pueblo se ponían en camino, únicamente por placer, para visitar a los amigos que vivían en otros poblados. ¡Qué alegre-

mente marchaban cargados de regalos...! Así había sido todos los años; este, sin embargo...

—¡La época de las visitas! —repitió su padre dejando a un lado la melancolía—. Y nos alegramos recibiendo o visitando a los amigos, porque no siempre están con nosotros. ¿Lo entiendes, Tinka? Mira, no pienses en la tristeza que tendrás cuando partamos, sino en el gozo que tendrás cuando regresemos... ¿no te lo imaginas? Volveremos con caza y con agua, y cuando nos hayamos repuesto del cansancio de la caminata, nos iremos otra vez, todos juntos, hacia el lugar que hayamos elegido y viviremos siempre felices.

Tinka, que había comenzado a imaginar la alegría que iba a sentir a la vuelta de su padre, sufrió un nuevo sobresalto:

—¿Para siempre? ¿Viviremos en ese lugar para siempre? ¿No regresaremos nunca a nuestra tierra?

—Regresaremos cuando las lluvias regresen.

Tinka suspiró con alivio y enseguida suplicó:

—Déjame ir contigo, soy capaz de caminar un día entero, y ya manejo el arco bastante bien, puedo practicar por el camino... Tengo once años, soy el mayor de los niños pequeños, ya casi soy un niño grande.

El padre le acarició la cabeza lentamente, y alzándole la barbilla le miró a los ojos; después, comenzó a decir:

—Si tú vinieras con nosotros...



Y de repente Tinka recordó algunos de los juegos bobos con los que se entretenía, y cómo, a veces, interrumpía a su madre mientras trabajaba haciéndole preguntas sin sentido. «No seas tonto», decía ella. Realmente no se había portado como un niño grande.

«Si tú vinieras con nosotros, serías un verdadero estorbo», eso era lo que iba a decir su padre.

Pero Tinka se equivocaba:

—Si tú vinieras con nosotros, ¿quién protegería a los ancianos y a los niños pequeños cuando las mujeres estén en el desierto buscando raíces y bulbos para la comida? —preguntó su padre sin dejar de mirarle a los ojos. Y enseguida añadió—: Y si hablaran las nubes durante nuestra ausencia y regresaran los grandes animales, ¿quién iba a procurar caza al campamento? Las mujeres no son cazadoras y los ancianos apenas tienen fuerzas. Y por las tardes, si tú vinieras con nosotros, ¿quién iba a revisar las cercas para ver si se habían abierto huecos en los espinos? Las mujeres ya tienen bastante con recorrer el desierto todo el día, preparar la cena y dormir a los niños.

Se hizo un corto silencio y, por último, el padre dijo:

—Cuando revises las cercas, no te olvides de llevar siempre contigo el palo de cazar, y ten el arco siempre a punto. Cuando nos marchemos, serás el único cazador.



Un sentimiento nuevo se adueñó del espíritu de Tinka: de pronto se sabía necesario para la gente de su pueblo; y tal cosa le enorgullecía, aunque también le asustaba un poco. Estaba pensando en ello cuando su padre volvió a hablar:

—Tinka, desde ahora tú serás el guardián de nuestro poblado —dijo, y quitándose un amuleto que siempre llevaba al cuello fue a ponerlo en el de su hijo.

A Tinka la emoción le recorrió el cuerpo entero, y por fin se le detuvo en la garganta: con aquel amuleto su padre le entregaba su cariño y su protección; con él, recibía el ánimo y la fuerza del cazador. Quería decir lo mucho que significaba para él, pero no halló las palabras.

Los hombres marcharon al amanecer. Los niños, las mujeres y los ancianos estuvieron contemplándolos hasta que sus figuras desaparecieron detrás de la línea del horizonte.

—Volveremos cuando se llene otra vez la luna —dijeron con los últimos abrazos. Sin embargo, en el poblado todo el mundo, excepto los niños, sabía que tal cosa era mucho más un deseo que una promesa, porque el hambre, la sed, y, sobre todo, los enemigos, podrían impedirselo.

No obstante, no era la gente del pequeño pueblo muy dada a las lamentaciones: los hombres y los

muchachos habían marchado, pero los niños y los ancianos continuaban allí y había que alimentarlos; por eso las mujeres y las muchachas, apenas el polvo que quedaba a espaldas de los hombres se hubo asentado, tomaron el palo de excavar y salieron en busca de bulbos y raíces.

Los niños se secaron las lágrimas y comenzaron a jugar.

—¡Ven con nosotros, Tinka! —gritaron.

Pero Tinka cogió el arco y comenzó a ejercitarse. Aún seguía teniendo once años, pero ya no pertenecía al grupo de juego de los pequeños. Ahora era el único cazador, el guardián del campamento.